

1. HIJOS DE QUIEN

Adolfo Palacios (S)

Desde hace ya bastantes años muchos niños se crían sin la presencia cotidiana de alguien de su familia durante muchas horas con ellos. Los hombres siguen en su papel y necesitan trabajar. Las mujeres descubrieron que también lo necesitan y procuran trabajar. Hay varias razones para ello y ninguna está mal: la pareja se puede romper algún día y, si dejas el trabajo para cuidar al hijo, a la vuelta te puedes encontrar sin trabajo. Además no se quiere depender del sueldo del otro para comer, para vivir; (¡qué lejos de ello un matrimonio, en el que uno dejó su empleo, para cederlo a quien estuviera en paro!). Pero los sueldos son bajos y hacen falta dos; y la inseguridad laboral es mucha.

Aunque la pareja se lleve bien y vaya a seguir siempre – me comentaba una amiga –, “está bien que cada uno tenga su independencia económica, pues la buena relación se vicia, si uno se ve sometido al otro de alguna forma”. Hoy es importante que la mujer, como el hombre, si no trabaja, no se siente realizada; el papel de madre o de padre no siempre basta.

Hay situaciones favorables: ser rico, confiar ciegamente en el otro (sin separación



de bienes ni “moderneces” de ésas), contar con un trabajo de cuatro horas, ser funcionario y poder pedir excedencia, tener abuelos en buenas condiciones, disponer de hermanos en buena sintonía...

Y, luego, contratar a una niñera, a la que nunca acabas de conocer, o llevar al crío a meter más horas que un reloj en una guardería de la que casi no sabes nada, pero sin más remedio... En el pasado los niños encontraban siempre a la madre en casa. Tenía sus ventajas, pero a costa de cuánto sufrimiento y sometimiento de las mujeres.

Muchos niños llevan varias décadas criándose con profesionales (no doy necesariamente un sentido positivo a esta palabra) y no debe de ser lo mismo que criarse con gente de la familia. A veces es mejor con profesionales, ya lo sé. Pero no es lo mismo, porque el profesional no duerme con el niño ni lo levanta por la mañana, ni el niño tiene al profesional a la vista en su futuro (ni en su pasado), ni tampoco el profesional al niño, que no deja de ser uno más y en un contexto (si es guardería) casi exclusivamente infantil; y, a ratos, con la boca cerrada, que tampoco es muy natural.

Para educar a un niño hace falta la tribu entera. Pero aquí no hay tribu. No sabes cómo educan a tu hijo, que aprende que nadie se va a sacrificar por él más allá de un sueldo; ni adquirirá imitando, porque no lo ve, ese ideal del sacrificio “hasta el fin”, por amor, o porque sí.

Los libros leídos no me dejan claro si los primeros años tienen tanta importancia para la formación de la persona. Alguna sí tendrán, sobre todo, si todos se crían lo mismo: eso puede formar a una sociedad. Si nos preguntamos por qué los jóvenes son como son, a lo mejor habría que ver cuál era el estatuto, la filiación, y la homogeneidad o disparidad ideológica y sentimental de las personas que cubrieron sus horas de infancia.

Carolina del Olmo ha escrito recientemente “*¿Dónde está mi tribu?*”, sobre la crianza de los bebés. Haría falta un libro igual de bueno sobre la educación propiamente dicha. Y es que el siguiente paso, ya veréis, será que los niños tengan un medio de vida propio, un sueldo, sin tener que depender de lo que opinan los padres, ni de que los quieran o dejen de querer.